

# EXILIO INTERIOR

Dicen que los romanos lograron montar su imperio gracias a dos rasgos de su carácter aparentemente contradictorios: la humildad para asimilar cuanto de bueno encontraron en los pueblos que se apropiaban y el orgullo que luego les hacía adaptar esos hallazgos a su propio temperamento. Algo de ese sabio

sincretismo atesora el estudio madrileño del arquitecto Rafael de la Hoz, aunque, al igual que su propietario, sea un cúmulo de saberes tan discretamente exhibidos que sus paredes podrían llevar colgado el létrero de "Se admite cualquier idea". "A mí me interesa todo, lo que significa que no soy experto en

nada", confiesa modestamente este hombre que ha dedicado los 66 años de su vida a engullir conocimientos. Sin olvidarse, entre tanto, de cortar y coser como si de trajes se tratara más de tres millones de metros cuadrados de terreno. Porque Rafael de la Hoz es, ante todo, un "sastre del espacio".

## Sastre del espacio

El arquitecto Rafael de la Hoz, un humanista al que todo le interesa

ROSA LUQUE

Su porte rezuma nobleza por los cuatro costados, y es tan alto y majestuoso, tan erguido y señorial, que resulta imponente si uno no se percató de ese guiño de complicidad que te intercala así como quien no quiere la cosa entre frase y frase; especialmente cuando clava en el interlocutor sus ojos azules y chispeantes, a pesar de estar profusamente ribeteados de bolsas, o cuando deja escapar un esbozo de sonrisa que lo hace aún más interesante. Los años han ido surcando de arrugas su rostro regordete casi con la misma avidez que él ha empleado en empaparse de un conocimiento enciclopédico, unas ansias de saber que apenas si le han dejado tiempo para vivir; si por vivir se entiende dar rienda suelta a los sueños y aficiones. Claro que sí, como en el caso de Rafael de la Hoz uno se confiesa de antemano aficionado a todo, desde pronunciar conferencias en inglés a contemplar las puestas de sol, y si para colmo su internacionalidad le obliga a tener los aeropuertos por segunda vivienda, se comprende que las 24 horas del día sean insuficientes a este hombre para dar al cuerpo y la mente todo lo que le piden.

—Supongo que no es igual ser urbanista que arquitecto, ¿no?

—En absoluto.

—Pero usted reúne las dos condiciones, ¿no es así?

—Los arquitectos en España se forman en tres bandas, que son arquitecto, urbanista e ingeniero civil. Son tres aspectos complementarios. Lo ideal es apoyarse en los tres, pero exige un esfuerzo, una continua puesta al día y demás, y normalmente por pereza solemos abandonar un par de ellas. Yo debo de confesar que soy más arquitecto que urbanista, porque el urbanismo es una ciencia que aún es más una aspiración que una realidad tecnológica. No se ha llegado a un dominio absoluto de lo que es el urbanismo. Y lo que normalmente hace el urbanista es que dibuja arquitectura, estudiando el espacio preciso para hacerla posible. Pero a veces ni eso.

—¿Qué es para usted la arquitectura?

—Precisamente estos días he terminado mi discurso de ingreso en la Academia de Bellas Artes de San Fernando, y el tema sobre el que voy a disertar es el del espacio. Yo creo que los arquitectos sólo somos sastres del espacio.

—Hombre, eso resulta muy poético.

—Es que es así. La tela que nosotros manejamos es el espacio. Alguien dijo que cuatro paredes y un techo no son arquitectura, arquitectura es el espacio que queda dentro. Yo tengo mi propia definición de arquitectura, y acudo a ella para no perderme. Para mí es el ordenamiento del espacio para el bienestar del hombre, y no debe ser confundida con la piel de las cosas, con el maquillaje, que puede ser de mil estilos, como en efecto ha sido a lo largo de las épocas.

—Ese parece un concepto muy humanista de su profesión.

—Es que es puro humanismo. La arquitectura no es otra cosa. Es arte, es técnica, pero por encima de todo ello es cultura, es humanismo. Por eso creo que todo el mundo sabe de arquitectura. Cualquiera persona tiene un importantísimo concepto del espacio, que es lo que ella necesita para realizarse, para terminar de formarse. Porque uno se termina a sí mismo, y la arquitectura o ayuda o dificulta la autocreación. El hombre hace la casa y la casa hace al hombre. Lo que pasa es que cada uno tiene su respuesta distintaafortunadamente, no hay una verdad única.

—¿Cuáles son los factores que usted tiene



Rafael de la Hoz, al que la cámara sorprendió en un expresivo gesto, en un rincón de su estudio.

A.J. GONZALEZ

en cuenta a la hora de realizar un proyecto? Porque unos arquitectos priman el espacio, otros la luz, otros...

—Yo siempre pienso que tengo dos clientes, el que va a habitar la vivienda y el que la va a contemplar desde fuera. Tengo que trabajar para los dos, porque los dos son igualmente importantes. Hay, claro, una diferencia y es que el primero me llama y deposita en mí su confianza, pero al segundo le voy a ofender o le voy a hacer más grata también la vida.

Y se explaya relatando en un tono que está a caballo entre el gracejo andaluz y la flemá británica —eso sí, siempre muy circunspecto dentro de su impecable traje gris—, una curiosa anécdota protagonizada por el poeta D'Annunzio. "En uno de los lagos del Norte de Italia hay una isla preciosa, Isola Bella —dice—, donde D'Annunzio tenía un chalet con un cañón que se puede ver todavía. Y cierto día al vecino de la isla de enfrente se le ocurrió pintar su casa de un color que a D'Annunzio no le gustó. Le mandó un ultimátum diciéndole: 'O cambia usted la casa inmediatamente de color o la bombardeo'. Y la bombardeo, creo yo que con todo derecho, porque cuando yo pinto mi casa no es para mí, es para el vecino de enfrente".

### Hacer ciudad

—Lo que pasa es que si difícil es contentar al cliente, debe serlo mucho más trabajar para todo el vecindario.

—Pero es que el arquitecto debe ser consciente de que al hacer arquitectura en cierto modo está haciendo ciudad. La ar-

quitectura es un ladrillo de un gran edificio que se llama ciudad. Mira, aquí al lado tienes un ejemplo magnífico. Al hacer los Nuevos Ministerios, Prieto intentó superar las Tullerías, y lo consiguió. Sólo ese ahora es ocho veces superior a la Plaza Mayor de Madrid; es lo más importante arquitectónicamente de esta ciudad. Allí al final están los almacenes de *El Corte Inglés*, que los hizo Luis Blanco Soler, y lo primero que hizo fue coger granito gris para que entone con la otra edificación. Eso es lo que de verdad se entiende por composición: poner una casa junto a otra. Es la inserción del edificio en su entorno urbanístico, haciéndolos compatibles. Por supuesto otro concepto son las necesidades del señor que va a habitarla, y en eso el arquitecto lo único que hace es poner a disposición de ese cliente las posibilidades técnicas con las que cuenta. Y si realmente el arquitecto es honrado, lo que está haciendo solamente es cortar al ritmo de la batuta que le marca el cliente.

—¿Y condiciona mucho la creatividad del arquitecto el hecho de trabajar por encargo? ¿Coarta su iniciativa o su imaginación?

—Yo creo que es un aliciente tremendo. Hay arquitectos que se lamentan de señoras que dicen que son pesadimas. Yo creo que no, que se aprende de todos. Lo peor que le podría pasar a un arquitecto es que le encargasen un monumento a la nada en mitad del desierto del Sahara. No sabría por dónde empezar, porque no hay hombre al que servir. En rigor, si no hay espacio interior no hay arquitectura, como

puede pasar en una pirámide, en un acueducto, que son piezas monumentales, pero no arquitectura.

El estudio que Rafael de la Hoz tiene montado en Madrid, con amplios ventanales que dan al Paseo de la Castellana, posee el mismo discreto encanto de su inquilino, aunque algo hay en él que le otorga esa pátina aristocrática de las cosas que no necesitan el menor signo de ostentación para destacar. Mosaicos y otros restos arqueológicos de indudable valor comparten las paredes con los diplomas y distinciones más queridos para el arquitecto —necesitaría muros infinitos para colgar todos los títulos que abarca su currículo—. Pero todo ello está colocado con tan elegante recato y ponderación que ni siquiera despertaría la envidia del último arquitecto de la fila. Y eso que cualquiera de la profesión sabe que en estos despachos se ha cortado y se sigue cortando mucha tela, por seguir el símil sastreril que le gusta a De la Hoz. "Te aseguré que aquí, metido en mi *cocina* —así llama a la habitación donde maneja el cartabón y la escuadra— soy completamente feliz", confiesa.

—Su afición por la arquitectura debe ser algo casi genético, porque su padre también escogió este oficio, ¿no?

—Sí, estaba predestinado —responde ensanchando la sonrisa—. Soy hijo de arquitecto y padre de arquitecto, y espero ser abuelo de arquitecto. Es una saga familiar. Yo creo que es buena cosa seguir el oficio del padre, porque desde pequeño se

(Pasa a la página XVI)

# EXILIO INTERIOR

(Viene de la página XV)

empieza uno a formár. Por ejemplo mi padre nunca me dio dinero, me compraba dibujos. Yo me sentía el hombre más rico del mundo, porque a base de dibujar y dibujar podía llegar a comprarme una bicileta. Pero el caso es que no pude hacerlo hasta que tuve 50 años. Un sueño imposible que se me había quedado pendiente. La verdad es que por ese sistema mi padre me enseñó a dibujar desde pequeño, y también me formó en matemáticas. Me parece que es buena cosa, y yo he procurado hacerlo con mi hijo.

A su padre se debe también en cierta forma esa honda sabiduría que reparte en sus sentencias, tan propias del cordobés de pura cepa, comedido y socarrón a un tiempo; aunque en realidad estamos ante un madrileño reciclado al senequismo. "Yo siempre digo que soy cordobés nacido en Madrid, y soy cordobés gracias a que mi padre era arquitecto —explica—. Porque él ganó un concurso para arquitecto municipal de Córdoba, y con dos meses me llevaron para allá. Yo digo muchas veces que la primera palabra que aprendí a decir fue pego".

—¿Cómo fue su infancia en la Córdoba de entonces?

—Lo que más recuerdo es el primer día que fui al colegio, con tres años. Vivíamos al lado de la estación. Me escapé y para que no me cogiese mi padre, que venía detrás, me metí en la iglesia de San Hipólito y allí tuvo que ir mi padre a por mí. Después me llevó a un colegio público maravilloso, de doña Luciana Centeno, al que le guardaré gratitud hasta el día que me muera. Fue verdaderamente lo máximo a que se puede aspirar en este mundo en educación primaria. Tuve mucha suerte con los colegios, porque luego fui a un colegio de bachillerato insuperable, el de los Maristas, donde se nos formó con una gran densidad y un peso específico técnico en todas las materias. Yo aún hoy sigo leyendo en latín por la afición que nos inculcaron. Te da idea del cariño y el afecto que allí se respiraba el que nos reunimos dos veces al año la promoción, estemos donde estemos. Los recuerdos dicen. Córdoba es el todo. El plor a azahar, los paseos por la Victoria. Ha cambiado muchísimo el tempo vital de Córdoba. Era muy verdad aquella Córdoba callada y sola. Hoy no creo que sea así, porque el tráfico de Córdoba me asusta más que el de Madrid. Córdoba no está hecha para eso.

## Teoría y realidad

—Me han dicho que le gusta documentarse cada vez que acomete un proyecto. Cuando hizo el diario CORDOBA, cuando hizo la prisión de Alcalá-Meco... Que no sólo se basa en la teoría sino en la realidad.

—Realmente tú no puedes echar mano de tu ordenador cerebral si no tienes datos que manipular, y esos datos son la información. Es decir, si no hay memoria no puedes hacer nada. Por eso para encontrar la solución técnica del problema lo primero que tienes que hacer es imbuirte bien. Concretamente en el caso del diario CORDOBA me vine a Madrid, pregunté qué periódico era entonces el mejor organizado técnicamente y me dijeron que el Arriba. Me tiré allí tres días, persiguiendo desde cómo entraba el papel hasta cómo salía el periódico, y anotando: todo el mundo me daba ideas de cómo mejorar, y al final saqué una idea bastante clara del proceso del periódico.

—Eso parece una labor casi periodística.

—Pues sí, tiene algo de periodismo, o algo de detectivesco. Por ejemplo, si me dicen: "Tengo un solar y quiero hacerme un chalet", en más de una ocasión he cogido el coche al amanecer y me he plantado allí con un sillón, moviéndolo hasta que me encuentro a gusto, he dibujado desde el sillón los espacios que quiero ver a cada hora del día cuando abra la ventana, etcétera. Esto evita cometer más errores de los que uno comete habitualmente.

—¿Considera usted que el trabajo arqui-

tecnico es una labor de equipo, o por el contrario puede la firma individual?

—En la arquitectura no existe metodología. Exige mucho aprendizaje. La arquitectura no se enseña, se aprende, es como nadar: se aprende a base de tantear y equivocarte. Y este es un proceso largo, acumulativo de errores. Fíjate que en todas las artes ha habido genios a los ocho años menos en la arquitectura, aquí no hay ningún Mozart, y es por esto. Es que no se puede decir de la noche a la mañana "soy arquitecto", y te lo digo con toda humildad. Yo sigo aprendiendo a ser arquitecto, porque no considero que haya llegado a serlo.

—Usted recibió en su día el encargo de construir la que iba a ser nueva sede del Gobierno, antes de que éste se trasladara a la Moncloa. ¿Por qué no cuajó el proyecto?

—Fue un encargo múltiple. Primero quitar la Escuela de Ingenieros industriales de donde está y llevarla a las afueras de Madrid. Fue un proyecto del que me quedé encantado. Liberado ese solar, se pretendía hacer ahí la Presidencia del Gobierno, y a

“ La arquitectura es un ladrillo de un gran edificio que se llama ciudad ”

sesenta metros de profundidad el Centro de Defensa para el Alto Estado Mayor. En aquella época, en torno al 75-76, tenía el simbolismo de que el poder civil está por encima del militar no sólo conceptualmente, sino hasta físicamente. Es decir, que en cualquier momento descendiendo en ascensor el jefe de Gobierno podía dar en el seno de la cocina militar y ver qué se estaba cocinando. Para estudiar esto me fui con el general Gutiérrez Mellado a ver el Centro de Defensa de París, y me quedé asombrado del altísimo prestigio que tenía este general en Francia.

—Este era un centro supersecreto y era la primera vez que lo abrían para visitantes no franceses —continúa explicando con entusiasmo, traducido en amplios gestos con la mano—. Es una especie de escenario de James Bond, una cosa inmensa llena de ordenadores y programas de todas las flotas del mundo. Y una cosa que me impresionó mucho es que en el centro de ese espacio inmenso había como una ménsula que termina en una plataforma no mayor que esta mesa; donde no había más que una mesa y un perchero. Aquello me llamó mucho la atención, en medio de toda esa exhibición de alta tecnología. Y me explicaron que en aquella mesa se sentaba el general que tenía que tomar en solitario la decisión de si se respondía nuclearmente o no a un eventual ataque de Francia; y el perchero estaba para terminar de significar esa soledad, para que despojándose de la ropa esa persona asumiera psicológicamente la tremenda responsabilidad de su acto".

—Me iba contando lo de la sede presidencial.

—Es el problema de los políticos; yo siempre digo que los políticos quieren la renta instantánea de lo que hacen. Por eso muchas veces los arquitectos tenemos que trabajar de noche, en fines de semana o cuando sea, porque no se quieren exponer a que otro recoja el fruto de su siembra. Aquella era una operación a largo plazo, y evidentemente el que recogiese los frutos no sería el que la empezase. Y el



El prestigioso arquitecto cordobés, junto al mosaico romano que adorna la entrada a su estudio

presidente del Gobierno, que era Suárez, decidió trasladar la Presidencia desde la Castellana a la Moncloa. Tampoco es que sea mal sitio, pero como dicen los franceses, lo provisional es lo que perdura. Pero no sé cómo sabías este dato, a mí se me había olvidado ya.

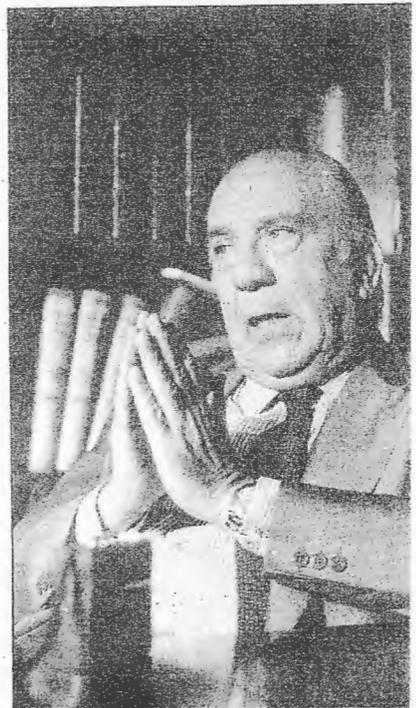
—Pues debe resultar frustrante un trabajo en balde. Horas y horas en un despacho para que luego los planos no se traducan en realidad.

—Sí, realmente el desgaste que eso supone es terrible. Yo muchas veces le cuento a mi hijo para consolarle el escalofriante dato de Angel Ganivet en sus cartas cuando cuenta lo de aquel padre de familia que viajaba desde el Norte hacia el Sur y en medio de la estepa los lobos empiezan a acosarle. Iba con siete hijos y en un momento de apuro tiró al más pequeño para aplacar la furia de los animales. Poco a poco tuvo que desprenderse de todos menos del mayor, que pudo salvarlo. A veces tenemos que hacer esto para poder lograr algo, pero creo que no es sólo en la arquitectura donde ocurre esto, se da en otras profesiones este tipo de frustración. Sólo la vocación te permite seguir.

## Cárceles y manicomios

—Uno de los proyectos suyos que si vio la luz, y además entre elogios casi unánimes, fue la cárcel de Alcalá-Meco. Pero digo yo que eso de hacer una prisión debe ser algo especial, como si le encargaran un manicomio. Un poco espeluznante, ¿no?

—Sí, también lo he hecho: el de Córdoba, el de Málaga...Y he vivido en un manicomio para aprender. El primer manicomio



"Al hacer arquitectura se está haciendo ciudad", dice Hoz.



A.J. GONZALEZ

gentes y mepos listos. La naturaleza sacrifica a ciertos individuos para preservar la especie. Me dijo: "Por ejemplo, la persona agresiva en tiempos de paz es un verdadero incordio, pero en tiempo de guerra es el héroe que salva a los otros". Esto, aplicado a la psiquiatría, efectivamente funcionaba.

—¿Y esa misma filosofía era aplicable a la arquitectura penitenciaria?

—Desde luego, pasa igual. Cuando me habló de hacer una cárcel el actual ministro de Asuntos Exteriores, Francisco Fernández-Ordóñez, mi reacción fue decirle que no, que mi definición de arquitectura era ordenar espacios para el bienestar del hombre, no para fastidiarle. El caso es que esto le debió hacer reconsiderar sus posiciones porque a los pocos días me llamó el director general preguntándome que qué pedía para hacer la cárcel. Le contesté que la libertad para no hacer una arquitectura como castigo, que ya está bien el ser privado de libertad, sino hacerla desde el respeto y la consideración que los seres humanos merecen. Y puedo decirle que es la única cárcel donde no ha habido hasta ahora ni un solo intento de fuga, ni motín alguno.

—¿De qué otras obras se siente especialmente satisfecho?

—Aquí mismo abajo tienes una, al lado de la Embajada Americana. Es un edificio colgado en el aire, que se hizo para el banco Coca. El Ministerio de Marina, también en Castellana. Ahora me han encargado la Embajada de España en Santiago de Chile, cosas en Portugal, en Florida...

—Eso debe tenerlo casi todo el tiempo en los aeropuertos.

—¡Huy! Yo he viajado muchísimo. He sido cuatro años presidente mundial de la

Unión Internacional de Arquitectos, y eso me ha hecho moverme mucho.

—Alguien ha dicho que la arquitectura viene a mostrar el carácter representativo de una ciudad y sus habitantes. ¿Significa esto que cada ciudad tiene el urbanismo que se merece?

—Estoy convencido de ello. Esa intención, aunque nadie se la proponga, es que sale así; si analizamos Madrid, por ejemplo, vemos que es una ciudad muy profetaria, en el sentido de que la mayor parte de los edificios no mantienen su fisonomía original, sino que aquí todo el mundo ha modificado después su parcela de fachada: cerrando las terrazas cada uno como Dios le da a entender, sacando los climatizadores... Y el resultado a la vista está: en el eje Castellana están los edificios más espantosos que se puedan encontrar en Europa. Madrid no es una ciudad con un empaque de capital europea.

### La configuración de Córdoba

—Usted es responsable de buena parte de la configuración de Córdoba, ¿no?

—Lo fue más mi padre. El fue el responsable del Gran Capitán y de las Tendillas, que son las dos grandes innovaciones que se hicieron para modernizar Córdoba. Yo no he sido arquitecto municipal en Córdoba, aunque sí de la Diputación.

—¿No hizo usted el Parque Figueroa, y el Polígono de la Fuensanta?

—Sí, sí.

—Pues le tocó hacer una parte mucho más proletaria, más periférica que la de su padre.

—Sí, por supuesto —vuelve a sonreír ampliamente—. Bueno, los del Parque Figueroa son pisos pequeñísimos, pero muy completos. Ahí desarrollamos una tipología de vivienda que no se había hecho antes, que era poner en cada planta y por escalera cuatro viviendas. Fue un gran avance en materia de lo que llamamos domología, porque fue la primera vez que se consiguió un gran aprovechamiento sin pasar por el cuarto de estar a los dormitorios. Curiosamente, todavía no ha llegado a todas partes esta solución; aquí en Madrid hacen muchas viviendas que, no sabiendo resolver esto, al cuarto de estar se pasa por los dormitorios, y las venden como un producto magnífico "con doble circulación". Es doble servidumbre, porque no te deja aprovechar el espacio. Pero tengo que decir que todo lo que yo he hecho durante esta última etapa de mi vida en Córdoba ha sido con Gerardo Olivares y José Chastang, grandes arquitectos.

—¿Pero cómo diseña uno un barrio, cómo se lo imagina? ¿Es que se llega a pensar en líneas?

—Esa es una pregunta para un urbanista y ya te he dicho que lo mío es la arquitectura. Pero, bueno, te puedo decir que ahí vino dado, más en la Fuensanta que en el Figueroa. Pero la idea general de cómo se plantea el urbanismo a nivel de barrio es haciendo una relación de todas las ocasiones de encuentro entre los vecinos, que casi hay que forzarlas, porque hoy cada día más nos metemos en nuestra torre de marfil y no queremos saber nada de los demás. Ahí se forzó mucho a base de zonas deportivas, la iglesia casi como centro de convenciones, metiendo comercios, peluquerías de señoras... enclaves que crearan las máximas ocasiones de convivencia. Porque sufrimos una gran insensibilidad para la convivencia urbana, para la conversación.

—Y hoy, trascurridos ya veinticinco años desde que surgieron estos barrios, ¿volvería usted a diseñarlos de la misma manera?

—Yo estoy dando una batalla tremenda por cambiar el concepto de la vivienda. Estamos haciendo viviendas obsoletas. Mira, el concepto de habitación-dormitorio es modernísimo, de escasamente 50 años. Coincide con el momento en que el abuelo de lord Snowdon, el ex marido de la princesa Margarita de Inglaterra, inventó el wáter, y con él el milagro de que una pieza hasta ese momento desagradable entrara en la vivienda como algo exótico y de superfluo. Entonces la alcoba pasó a ser dor-

mitorio. La alcoba era como una suite, un pequeño apartamento donde se hacía la vida, y se convirtió en una habitación donde no hay más que un aparcamiento para una cama sin que sirva para nada durante el día. Dime si no es absurdo en viviendas mínimas tener la mitad de la superficie dedicada a aparcamiento de camas.

Y es que para Rafael de la Hoz, el concepto actual de viviendas es un desastre del que no le es posible al arquitecto escapar: "Los programas son tres dormitorios, cuarto de baño, estar-comedor, cocina; y cuando hay más dinero pues alcatado hasta el techo, que un día van a alicatar hasta el techo los ascensores —se queja—. Pero ¿dónde se escucha a sí mismo un adolescente para encontrar su personalidad? ¿qué va a hacer en su dormitorio, sentarse al borde de la cama? Es tremendo".

—O sea, que no repetiría barrios como los que ha hecho en Córdoba.

—No, no los repetiría. Te digo como lo de la cárcel: pediría permiso para hacer otra cosa. Lo que pasa es que el actual ordenamiento no me lo permite. Es decir, el arquitecto no es libre para hacer lo que quiera. Y pediría autorización para hacer las cosas en ese sentido.

—¿Pueden los barrios, como las personas, envejecer bien o mal?

—Por supuesto que sí. Y además, el fenómeno de envejecer bien o mal tiene que ver con si se es honesto o no se es. Lo que no es auténtico y honesto es envejecer rapidísimamente y mal. Cuando se hizo en Córdoba un hotel —no voy a decir el sitio— que era la exhibición de todos los materiales y las cosas llevadas al límite máximo, pasó por allí un viejo profesor de la Escuela de Arquitectura de Madrid, lo vio y dijo: "Este hotel se quedará rápidamente moderno". Y sucedió así.

—¿Qué otras cosas hizo en Córdoba?

—He hecho de todo: la fábrica de cervezas El Águila, el Hospital General; la Diputación actual, que era Casa-Hospicio, la rehabilitación... Y aún sigo yendo a acabar la restauración de esa maravillosa iglesia de la Merced, de las más hermosas del barroco. Fue una lucha horrorosa hasta conseguir que se reconstruyese tras el incendio, porque algunos no querían. Si, fue un papatismo verdaderamente increíble.

—Ya, es que algunos defienden que no se puede sustituir lo auténtico por imitaciones de lo perdido.

—Tú no puedes restaurar algo si desconoces cómo fue, porque es inventárselo. Pero sí sabes perfectamente cómo era naturalmente que sí. Ahí teníamos una serie de fotografías que utilizadas con estereoscopia te permiten reconstruir fielmente las dimensiones de modo matemático. Es la reconstrucción más exacta que se ha podido hacer, y espero poderla ver terminada.

### Viviendas sociales

—¿Qué opina de la política de viviendas sociales? Parece que otra vez vuelve la furia constructora del desarrollismo con viviendas de protección oficial.

—Es que es necesario, porque hay capas sociales que si no tienen una fuerte ayuda jamás podrían aspirar a una vivienda. Y el problema cada día se agrava más. Hoy comprarse un piso es un privilegio de unos pocos. Mis hijos antes se casaban y haciendo un esfuerzo podía comprarse un pisito: Hoy es que ni me lo planteo, es que no puedo. Aquí en Madrid es que está el metro cuadrado a un millón, así es que un pisito de cien metros son cien millones.

—¿A qué cree que puede deberse ese encarecimiento tan desorbitado del suelo?

—Pues uno de los factores más modernos ha sido nuestra incorporación a Europa. Esa ha sido la única consecuencia tangible que hemos obtenido hasta la fecha. Todas las capas sociales hemos descendido varios escalones en este tema. Yo le aseguro que soy incapaz de adquirir una vivienda en estos momentos.

—Pero, volviendo a lo de las viviendas sociales, ¿no parece a veces que, por razones políticas, se abusa de las construcciones excesivamente pobres? Me refiero,

(Pasa a la página XVIII)

“ Los políticos quieren siempre la renta instantánea de lo que hacen ”

que hice fue el de Alcolea. Me enteré de que había un médico que tenía una nueva teoría para este campo de la psiquiatría, y lo localicé. Estaba como director en un pueblito al lado de los Pirineos, muy cercano a Lourdes. Fui a verlo y me enseñó todo aquello, y cuál no fue mi sorpresa al ver que allí no había cercas ni nada, los enfermos andaban sueltos. Y me explicó su teoría: lo que llamamos un enfermo mental en realidad sólo es una persona diferente a las demás; me dijo que la naturaleza produce de todo, gente alta y gente baja, intelli-

# E X I L I O I N T E R I O R

(Viene de la página XVII)

por ejemplo, al caso del edificio de la M-30, cuando se trata de erradicar el chabolismo con una construcción fea.

—Si, efectivamente ha expuesto un caso notable. Aquí en Madrid la M-30 es la arteria fundamental de acceso a la ciudad, y el exhibir en este emplazamiento viviendas de nivel infimo es evidentemente un desafío político y urbanístico donde los haya. Porque con independencia de los valores positivos o negativos de su arquitectura, es que no es el sitio. Por otro lado, los presupuestos que se permiten para vivienda social están tan tremendamente aquilataos que de verdad que no hay dinero ni para poner persianas. Esto es una buena política porque hay personas desheredadas que de ninguna otra forma tendrían acceso a una vivienda, pero lo que no es lógico es ponerlas en sitios preferentes. La repercusión del metro cuadrado en la M-30 debe ser cinco veces el valor de la construcción.

—¿Se edifica según el partido que está en el poder?

—No, influye poco. Yo creo que la voluntad de resolver los problemas es unánime en todos los partidos políticos. Falta la ruptura, la revolución ésta de que hablábamos antes para adoptar un nuevo concepto de vivienda.

—¿Y en ese paso tienen cosas que decir los políticos?

—Realmente no le corresponde a ellos. Lo que sí sería bueno es que permitieran alguna experiencia para ver qué pasa, si son o no positivas.

## Arquitectura y política

—¿Es política la arquitectura? O, dicho de otro modo, ¿se puede hacer política diseñando edificios?

—A menudo se ha dicho que se puede hacer política con la arquitectura. No es cierto. La arquitectura no es forma de hacer política. Política es todo lo que afecta al hombre; pero no se puede hacer una revolución haciendo arquitectura. Se ha intentado muchas veces, ha habido muchas utopías, desde Tomás Moro hasta Campanella, pasando por la utopía de los jesuitas en el Paraguay. Pero no, la arquitectura es un resultado, no el motor del cambio de la revolución política.

—Pues, curiosamente, se rindió homenaje recientemente en Córdoba a un arquitecto que fue también político: Francisco Azorín.

—Era vecino de enfrente de mi casa, en Claudio Marcelo. Una de las cosas que más despertaron en mí la vocación era asomarme al balcón de esa casa y ver frente a mí el estudio de Azorín. Me encantaba ver como sacaba las copias de los planos, a base de ponerlos con papel heliográfico en unos marcos al sol. Era muy amigo de mi padre. Luego huyó en la guerra y murió en Méjico.

También su padre —del que cuelga en un lugar preferente del estudio un retrato con uniforme de capitán de ingenieros—, sufrió las secuelas de la guerra; y ahora el hijo lo recuerda sin ocultar cierto orgullo filial que le brillanta aún más la mirada. "Mi padre también lo pasó mal en la guerra —recuerda—. Recientemente, el historiador cordobés Francisco Moreno me ha mandado el expediente de una persecución increíble de la que fue objeto. Mi padre fue quien proclamó la República en Córdoba. Mira, aquí tengo enmarcado el documento, que es único". Tan mal lo pasó que su expediente se, cerró siete años después de muerto.

—¿Usted heredó la conciencia política de su padre?

—Hombre, pues... —ríe sin saber cómo acometer diplomáticamente la respuesta—. Me parece muy bien la fórmula actual de república coronada. Creo que el Rey ha hecho mucho bien a este país.

—Fue usted director general de Arquitectura.

—Sí, en tiempos de Franco, cuando estaba ya muy mayor. Y aquello políticamente equivalía a significarse. Estuve una vez en El Pardo, porque era protocolario que tras la toma de posesión los directores ge-



De la Hoz, en su "cocina", donde asegura que se siente siempre feliz.

A.J. GONZALEZ

“ Lo peor que me podría pasar es que me encargaran un monumento a la nada en el desierto ”

nerales despacharan con él, y me pareció un ancianito entrañable. Me hizo algunas preguntas con buen sentido. Me dijo: "¿Cómo es posible que en este país para vender una casa sea necesario haber estudiado una carrera y sin embargo para asumir la responsabilidad de construir un edificio no haga falta título?". Y es que España es el único país del mundo donde cualquier analfabeto, si está dado de alta en contribución, puede construir un rascacielos.

Explica Rafael de la Hoz que si aceptó la dirección general fue condicionándola "a que se me permitiera realizar el gran pro-

yecto que yo tenía en mi vida". Y aquí se extiende en mil nociones para concluir que en arquitectura confluyen mil tecnologías, más o menos (cálculos de cimentaciones, iluminación, cortinas, moquetas, acústicas y un larguísimo etcétera), lo que se traduce en un número similar de especialistas. "Cuando hay especialistas, cada uno coge su tecnología y la hipertrofia para justificar sus honorarios y para disuadir al competidor —comenta—. Entonces mi proyecto consistía en desmitificar la tecnología y hacerla fácil, de manera que todos los arquitectos de España se quedasen en condiciones de poder hacer en el 80% de los casos las mil tecnologías".

—¿Y lo consiguió?

—Sí lo hice. Todos esos tomos que ve ahí son las normas tecnológicas de la edificación, algo así como el Espasa de la tecnología. Aquello duró año y medio, durante el cual coordiné el trabajo de 2.500 técnicos, los mejores del país. Y luego Franco tuvo el detalle de llamarme para darme las gracias, aunque curiosamente a quien se las dio fue a mi mujer. Hice también en aquella época la red nacional de laboratorios de control de la edificación.

En realidad, admite luego, fue a la Dirección General a intentar dar vida a lo que echaba de menos en su trabajo diario: "Mira, he sido presidente del Colegio de Arquitectos de Córdoba, del de Andalucía por unas horas, de España, de Europa y del Mundo. No me considero hombre político, pero he aprendido que para hacer bien las

cosas no basta con la voluntad de quererlas hacer; necesitas que te dejen hacerlas".

## La ciudad del futuro

—¿Cómo serán las ciudades del futuro?

—El concepto cambiará mucho. A mí cuando me preguntan dónde vivo contesto que en la Renfe, porque es allí donde paso más tiempo, y por ahí irán los cambios. Aunque no creo que desaparezca nunca el hogar, porque el hombre necesita intimidad. El Cordobés, cuando me encargó *Vilabolillos*, me dijo: "Yo quiero una casa donde no escuche más que lo que yo me diga". Y así tiene que ser.

—Usted mantiene estudio en Córdoba, ¿no?

—Sí, sigo trabajando con Olivares y Chastáng. Y voy para allá siempre que puedo.

—Se ha dado el caso de que con un Ayuntamiento comunista ha visto la luz el Plan de Ordenación Urbana de Córdoba. ¿Cree que era el PGOU que necesitaba la ciudad?

—Yo eso se lo preguntaría a sus autores. No estoy en condiciones de opinar sobre él porque no me lo he estudiado, pero sí que en unos primeros planteamientos se hacían unas declaraciones de tipo ideológico que luego pasaron al tema político. Por ejemplo, me parece que se plantearon congelar las posibles plusvalías de Córdoba y esto como ideología puede ser aceptable, pero no me parece que el que la ciudad valga menos contribuya a hacerla más bella. Y además no sive de nada, porque no es cierto que valga un solar menos porque se construyan seis plantas en lugar de ocho. Al contrario, vale más porque hay menos suelo, y así ha estado Córdoba durante un tiempo. Y tampoco ha venido a arreglar el problema del tráfico. Córdoba está hecha a escala de paseo, a escala del hombre, y hemos metido la máquina.

—¿Cree usted posible una solución al dilema entre conservación y progreso?

—No cabe auténtico progreso si no se es conservador. El mayor papanatismo es creer que todo nace con nosotros, somos el resultado de muchísimas civilizaciones. Y Córdoba tiene acumulada en su historia soluciones tecnológicas perfectas: casa con patio, que es el refrigerador mejor que se ha inventado, o la cal blanca, que con una capa aísla más que veinticinco centímetros de corcho.

—¿Y qué me dice de la polémica del Puente de Calatrava?

—El problema es que ahí no se debería hacer ningún puente, sea el que sea, porque se estropea una vista de Córdoba que es parte muy importante de su silueta y personalidad. ¿Qué se puede poner ahí que no estropee esta maravilla? Ahora, puestos a hacer algo, lo que desde luego no cabía era el Puente de Calatrava, y lo digo con todo el cariño del mundo para su autor, al que respeto muchísimo. Era un puente artificioso y barroco. Todo menos sereno, y Córdoba es serenidad.

—¿Por qué no ha sonado su nombre en ninguno de los proyectos arquitectónicos que ha barajado la ciudad en los últimos tiempos: puente, estación de Renfe...?

—Es que nunca me han llamado. El caso es que mis relaciones con las instituciones son muy afectuosas, tanto con la Diputación como con el Ayuntamiento, que ahora me va a dar la Medalla de Honor de la Ciudad.

—¿Cuándo decidió marcharse de Córdoba?

—Nunca, lo que pasa es que cuando los chicos —tengo siete— empezaron a estudiar en la Universidad, que coincidió con la Dirección General, decidimos venirnos a Madrid para que no se deshiciera la familia. Pero digamos que esto es un apeadero.

—¿De cuál de todas sus obras se siente más orgulloso?

—¡Huy!, todas hubieran podido ser mejores. Pero quizá de la más humilde, unas microescuelas, hechas a la escala del niño, que permitió que Córdoba, que en aquellos momentos tenía un índice de analfabetismo superior al Congo Belga, saliese de esa situación.